

El valor de asumir la veteranía

Lic. Nathalia Rodríguez¹
namaroca24@hotmail.com

*Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida...
Amado Nervo*

El valor de educar despertó mi interés en cuanto a los temas planteados por el ínclito Fernando Savater, dando una mirada general y compleja a la educación. Si bien esta no es el tema central de este ensayo, está intrínsecamente ligada a la cuestión principal. Desde el capítulo uno, donde hace referencia a la veteranía y que enseñar implica vivir la experiencia para poder transmitir lo que deseamos instruir, surgieron en mí ciertos cuestionamientos trazados sobre diferentes contextos sociales que a lo largo de este escrito intentaré esbozar.

Por lo expuesto en las primeras líneas, es conveniente definir el perfil a seguir en este trabajo, intentando visualizar a lo largo de la historia la evolución de las sociedades, hasta llegar a analizar, pero por sobre todo a recapacitar sobre los nuevos desafíos de esta época. A temas emergentes de la coyuntura actual correspondería agregar, además de dar una mirada prospectiva a uno en especial, ya que si consideramos el rápido crecimiento demográfico y el avance de la ciencia, estamos en el umbral de problemáticas ineluctablemente impostergables. Sin embargo, estamos a tiempo de cambiar paradigmas, de transformar constructos colectivos y de evidenciar lo que quizá hasta ahora ha permanecido en la invisibilidad.

Es difícil intentar abarcar todos los aspectos relacionados al tema, por lo tanto divido en grandes puntos que a mi parecer fueron dignos de destacar. Definitivamente habrá muchas más interrogantes sin respuestas, también puntos sin ser analizados, no porque sean menos importantes sino sólo por

¹ ISE

la brevedad del tiempo y espacio para realizar este escrito. Iniciando con la aclaración pertinente voy al marco histórico para tratar de evidenciar la problemática a lo largo de la historia.

Contradicciones históricas

Particularmente encuentro una dicotomía en el concepto ancianidad: por un lado la admiración, el respeto y la obediencia hacia los más antiguos miembros de una comunidad, especialmente si nos adentramos en la historia de la humanidad; y por otro lado el recelo, la negación, el ocultamiento que sufren quienes forman parte de este mismo grupo etario de la población.

En relación a esto, tenemos las primeras civilizaciones o tribus originarias (especialmente las más preponderantes) a lo largo de la historia, considerando su organización social, han tenido algunas características comunes en su forma de composición en donde existían clanes, en los cuales se distinguían los más antiguos miembros, considerados fuentes de conocimientos, sabios a quienes se les podía consultar para resolver temas relacionados con las guerras, las cuestiones internas y hasta asuntos climáticos; sus consejos eran aceptados como mandato de los dioses.

Los senadores en Roma eran hombres de mucha experiencia y de edad avanzada. De hecho la palabra senado deriva de *senectus* (anciano, en latín); estos eran a su vez jefes de familia –*páter familias*– cuyo poder era absoluto e ilimitado (al que todos debían obedecer). y dicho poder sólo se extinguía con la muerte. El Senado, por su parte, dirigía la política (paz, guerras, alianzas) y la administración del Estado. De esta misma sociedad surge la preocupación de llegar a una ancianidad saludable, lo que motivó a Claudio Galeno, en el siglo II AC, a escribir *Gerontocomia* (cuya traducción es “El Arte de cuidar a los viejos”) donde se proporciona consejos sobre la higiene y la dieta, los cuidados psicológicos y mentales de los gerontes. Otro referente de la antigüedad es Marco Tulio Cicerón, quien escribió *De Senectute*, donde el diálogo de dos personas jóvenes (Escipión y Lelio) con un adulto mayor de 84 años llamado Catón, se ve a la longevidad como una etapa de celebración ya que está llena de dones y placeres, y ve a quien llega a la edad propecta como un privilegiado.

Así también la cultura aborígen en América: los mayas, incas, aztecas, incluso los guaraníes, descrita por los historiadores, no se aleja de ese tipo

de organización; los más longevos habitantes de estas civilizaciones se distinguían por su prestigio y experiencia. Podían ser legisladores o sacerdotes, tenían la misión de transmitir los usos y costumbres de sus comunidades a los más jóvenes.

Paradójicamente, también se plantea este dualismo de los encantos de la juventud o, mejor dicho, los empeños del ser humano por permanecer y pertenecer a esta etapa de la vida. A través de las investigaciones de los historiadores muchas aparecen como utopías difíciles de creer. Son conocidos los escritos en relación a Cleopatra, quien se daba baños en leche de animales, o la de Isabel Báthory (siglo XVII), a quien su obsesión por la belleza y la juventud eterna la llevó a cometer crímenes para satisfacer sus baños con sangre joven; no en vano se la conoce como la mujer que asesinó a más seres humanos de la historia, fue conocida como la Condesa Sangrienta.

Pero no sólo se les puede atribuir a las mujeres esta obsesión, ya que en la historia lúgubre de la humanidad se cuenta las acciones de quien mundialmente se conoció como “el monstruo de Auschwitz”, o “el ángel de la muerte”, Josef Mengele, hombre que experimentó y, por supuesto, asesinó especialmente a niños, buscando tanto la “higiene racial” como la supremacía de una raza, denominada raza aria. También tiene en su prontuario la búsqueda de la fórmula para alcanzar la eterna juventud. Mengele pasó sus últimos años de vida en Sudamérica, se cree también que Paraguay. Este hombre exterminó a millones de seres humanos por sus pensamientos fascistas en la segunda guerra mundial.

La búsqueda de la eterna juventud está muy relacionada con las dictaduras personalistas; nuestro país no escapa de este escenario. Quizá no haya mucha evidencia sobre el tema pero si infinitas suposiciones en torno a la figura del dictador, donde se especulan tesis sobre la posesión del elixir para vivir mucho tiempo. Lo que sí es cierto, además de estar bien visto en las campañas paraguayas y en muchas ciudades, fue entregar a las mujeres de entre 15 a 17 años, doncellas por lo general, para tener un buen estatus como familia, y así el tirano era el omnipotente a quien se le daba lo máspreciado.

Aquí precisamente, en el marco contextual del Paraguay, ahondaré mi tesis sobre la moda por ser joven, planteada por el mismo Savater, y la estigmatización al adulto mayor desde mi experiencia como docente sobre los fundamentos construidos e instalados en la actualidad.

El lenguaje como elemento discriminatorio

Dentro del contexto socio-cultural donde nos desenvolvemos las paraguayas y los paraguayos, vemos rasgos que nos deben llevar a una profunda reflexión, tanto patrones de conducta que se repiten sin cuestionamientos, comportamientos que reflejan y toman formas de costumbres, o la incorporación en el lenguaje colectivo, cuyas connotaciones son peyorativas para la interpretación de los oyentes.

Destaco algunos rasgos en el hablar cotidiano (destaco el lenguaje, haciendo referencia al extraordinario filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, quien dijo “El límite de tu mundo es el límite de tu lenguaje”), de aquí surgen algunas de las limitaciones dentro de la sociedad, ya sea en la jerga colectiva o igualmente en los medios masivos de comunicación se observan la incapacidad para aceptar con respeto y tolerancia a las personas componentes de una parte disímil al ideal. Sustraigo algunos titulares de diarios que pueden servir de ejemplo: “Sexagenario es víctima de un asalto”, “Abuelita celebró sus 104 años”, “Octogenarios correrán la maratón en Londres”.

En el caso de la familia extendida, donde los lazos consanguíneos, afectivos y biológicos son compartidos con los tíos, tías, primos, primas, hoy en día no existen los abuelos o las abuelas, no porque no estén físicamente, o no se los conozca, sino porque ellos mismos enseñan a los nietos a llamarlos por algún otro sustitutivo, por mencionar algunos: tata, oma, lela, lelo, etcétera. Este tipo de familia, donde se convive con el adulto mayor, debería celebrar que por primera vez en la historia de la humanidad, los adultos de edad mediana tengan padres vivos².

Otro rasgo cuestionable en cuanto al lenguaje colectivo es la denominación que se le daba a los hogares de ancianos o ancianatos. Sabemos que en nuestro país existe escasa infraestructura en cuanto a espacio físico donde conviven los adultos mayores, a esto se le suma el peso del léxico conocido por todos y todas: “asilo” de ancianos. El diccionario de la Real Academia Española lo define como: “Establecimiento benéfico en que se recogen menesterosos, o se les dispensa alguna asistencia”. En esta enunciación lacónica vemos, si se quiere, la fotografía de como consideramos hasta hoy día a los adultos mayores. Pero para no citar sólo una definición indico otra: “Lugar privilegiado de refugio para los perseguidos”. Está por demás escl-

2 Según datos de la OPS

recido la subvaloración a la que se le somete a quienes llegaron a esa etapa de la vida.

En la cultura oriental, concretamente en Japón, donde la población adulta vive en promedio más que en cualquier otra parte del mundo³, conocen a este periodo como “Edad de la fructificación”.

En Estados Unidos de Norteamérica, a la gente de avanzada edad se le nombra *mayor, los de la edad de oro, personas de avanzada edad, personas de la edad de cosecha*⁴.

Si bien no pretendo instalar eufemismos, a lo que sí aspiro es a intentar valorar una etapa en la cual se llega de acuerdo a como se ha vivido. Dice Amado Nervo en una de sus poesías: *yo fui el arquitecto de mi propio destino...* Pero para eso se debe empezar por cambiar estereotipos desde la comunicación.

Intentado cerrar la cuestión del lenguaje, viene a mi memoria una visita realizada a urgencias de un sanatorio privado, donde en la recepción había mucha gente formando fila; un cartel indicaba “preferencia para ancianos”, lo llamativo que en ese espacio no había ni una sola persona (aunque estaban físicamente en el lugar), cuando de pronto aparece una joven muy preocupada por la fila que debía formar y por su madre que la acompañaba, con síntomas evidentes de malestares. La misma pregunta desde qué edad es considerada anciana una persona. Al instante ella misma dice: “Mi madre lo es”; aunque en el rostro la señora, muy bien puesta, demostró su desagrado, no fue mala idea pasarse a la fila habilitada. Lo sorprendente de todo es que se cumple el dicho que dice “uno es tan viejo como se siente”, y por supuesto que nadie quiere estar del lado opuesto, ni aun cuando formar fila implique perder tiempo

El deporte como paradigma

Un punto muy relacionado con todos las demás tiene que ver con la forma física del adulto mayor.

Siguiendo en el intento de evidenciar ciertos comportamientos, encuentro uno que está muy de moda: practicar deportes, el verse más atlético,

3 Según la ONU

4 Diane Papalia

hacer ejercicios que ayuden a mantener el buen estado físico. En este punto recurro nuevamente a Catón (personaje de la obra de Cicerón), quien en su diálogo recomienda realizar actividades físicas para mantenerse en forma y así permitir un mayor bienestar senescente.

El problema lo vemos cuando la convivencia, la inclusión y la permanencia social exigen al adulto mayor a realizar determinadas actividades para sentirse miembro del grupo, sin importar la forma para lograr ese ideal de belleza y jovialidad.

Haciendo una exploración, siempre en el contexto social paraguayo, observo preocupada la falta total de lugares de esparcimiento, llámese plazas, parques, gimnasios, tanto públicos como privados, donde existan las condiciones mínimas para poder disfrutar plenamente de actividades físicas. Si bien hay organizaciones no gubernamentales que propician acciones para satisfacer estas demandas, todavía son escasas.

Ni hablar del adulto mayor que quiera participar de torneos competitivos, tanto deportivos como culturales, ya que la edad es limitante, pero no precisamente por el deterioro del cuerpo sino por la falta de empatía hacia las personas adultas.

Esto también me remonta a una anécdota. En una reunión de representantes de instituciones educativas, se nos encomendó la realización de un torneo de distintas modalidades; yo planteé la posibilidad de incluir a los abuelos en un torneo de padres que se estaba organizando dentro de la comunidad. Para mi sorpresa, fueron más quienes estaban en contra de incluir a un adulto mayor, y entre las tesis opositoras encontré, entre otras, una en particular, por la forma de pensar de quienes escuchaban y asentían, la de un señor adulto de mediana edad que dijo a mi planteamiento lo siguiente: “Eso sería como una amenaza a mi autoestima”, le afectaría tremendamente ya que para él era una ofensa que un anciano compita al lado suyo.

A quienes relacionan la prolongación de la vida, en la época moderna, con el debilitamiento mental, físico, emocional, se les puede dar a modo de información que el deterioro del cuerpo no siempre es fruto de la edad cronológica, ya que muchas de las enfermedades se deben a la falta de conciencia desde joven, la mala alimentación, la vida sedentaria, etc.

Encuentro un baremo donde se mide lo que se ve, como un ideal de

belleza a la que la mayoría de las personas desean alcanzar. Por eso en el siguiente punto paso a analizar “La imagen”.

La imagen como símbolo de bienestar

Surge el otro componente desde donde se construyen las reglas morales que van determinando los parámetros de nuestro entorno. Algún tratamiento milagroso, de los miles del mercado, desde dietas, tratamientos corporales, cirugías, y hasta implantes, logran satisfacer las necesidades inmediatas del humano por encontrar ese paradigma deseable de verse fresco y lozano. Y a veces, en vez de lograr ese objetivo, sucede todo lo contrario, ya que el cuerpo es el primero en comunicar a los demás que la naturaleza está haciendo lo suyo, y muchos terminan viéndose y pareciendo monstruos modernos con pómulos exuberantes, labios con excesivo colágeno, rostros estirados en demasía, que no permiten mostrar signos de emociones.

En este sentido, Savater menciona en su magistral libro: “El padre que no quiere figurar sino como «el mejor amigo de sus hijos», algo parecido a un arrugado compañero de juegos, sirve para poco; y la madre, cuya única vanidad profesional es que la tomen por hermana ligeramente mayor de su hija, tampoco vale mucho más⁵.” ¿No será una competencia? ¿Realmente es una relación amistosa, ese compartir afectuosamente, realizando las mismas actividades con el mismo ímpetu y con la misma insolencia de la juventud?

Aquí se observa también un punto vital: aquellos que no tengan los medios económicos, los bienes materiales tangibles y visibles, ni recursos para acceder a estos tratamientos estéticos, están condenados a la exclusión.

Para ejemplificar como hasta en pequeños cambios se marcan las diferencias, recurro a Nietzsche y extraigo de su obra *Humano, demasiado humano*, donde precisamente se refiere a la voz y dice: “El tono de voz de la edad madura es preciso, breve y lacónico, moderadamente elevado, pero, como todo lo que está claramente articulado, llega muy lejos. La vejez, en fin, suele imprimir a la voz una cierta dulzura y tolerancia, azucarándola en cierta medida; aunque es cierto que en muchos casos también se vuelve agria.”

5 Savater, Fernando. El valor de Educar.

La educación y la veteranía

En un país como el Paraguay, donde la desigualdad social es una realidad a todas luces, no hay hospitales y, mucho menos, especialistas geriátricos, las barreras arquitectónicas no posibilitan la movilidad (especialmente las personas con necesidades especiales). Los planes y servicios para el esparcimiento son insuficientes. Y, lo más preocupante, el imaginario colectivo que permite la indiferencia hacia este segmento de la población. Necesitamos de acciones eficaces desde el sector público, hasta de organizaciones civiles, para hacer un trabajo sostenible para la construcción de una sociedad más inclusiva. Esto no debe quedarse simplemente en la retórica, es fundamental la participación activa de los miembros.

Savater precisamente dice que la adultez no se decide en una asamblea eleccionaria, donde se pueda elegir quien será el que ejerza la autoridad. Definitivamente es inexorable esta tesis, pues si pretendemos construir una sociedad más tolerante, respetuosa y, por sobre todo, inclusiva, debemos empezar ocupando nuestro rol donde nos corresponde, esa función que debe asumir el compromiso para educar a los más jóvenes.

Bibliografía

- CICERON, Marco Tulio. *De Senectute*. Madrid: Triacastela, 2001.
- PAPALIA, Diane; WENDKOS OLDS, Sally y DUSKIN FELDMAN, Ruth. *Desarrollo Humano*. México: McGraw Hill, 2010
- SAVATER, Fernando. *El valor de Educar*. Barcelona: Ariel, 1997.
- SAVATER, Fernando. *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel, 1991.
- SAVATER, Fernando. *Política para Amador*. Barcelona: Ariel, 1992.

Segunda Conferencia Regional Intergubernamental sobre Envejecimiento en América Latina y el Caribe, del Plan de Acción Internacional de Madrid sobre Envejecimiento.

Agradecimiento, por el aporte desde una mirada histórica, a la querida amiga y gran luchadora por la igualdad en Paraguay Ana Barreto Valinotti.